

En las Misiones...

¿Se debe tener en cuenta a los niños?

Alba Montes de Oca

Para Reflexión Bautista



Muchos cuando piensan en misiones solo piensan en adultos, pero no se dan cuenta que cuando se gana un niño, se está preparando a alguien para el futuro.

Voy a contarle mi experiencia. Me crié en un hogar de siete hermanos donde yo era la menor, mi padre ateo nos enseñaba todos días que Dios no existe y el que cree en Dios es solo un loco o un ignorante.

Un domingo a la mañana, una maestra de la Escuela Dominical, de una Iglesia Bautista que estaba a media cuadra de nuestra casa pidió a mi madre le dejase llevar algunos de sus hijos a la Iglesia, mi madre le explicó que ella trabajaba toda la semana y el domingo ponía a todos sus hijos a ayudar en la limpieza, pero si deseaba podía llevarme a mí que era la menor y como nadie me podía cuidar me escapaba a la calle, yo tenía unos cuatro años. Esta señorita no solo me llevó y luego me trajo, sino que cada domingo por cuatro años, hasta que cumplí los ocho y aprendí a ir sola, me vino a buscar y me trajo de regreso.

Cuando cumplí once años y estando ya en sexto grado en la escuela primaria, un día la maestra nos dijo que hiciésemos una composición libre, sobre el tema que deseáramos. Yo escribí de que había leído una poesía donde contaba la historia de dos niños, el varón le decía a su hermanita: "Vamos a jugar que yo era un soldado y que venía de la guerra victorioso y a ti que eras la reina te buscaba". La niña le contestó: "No, no, la reina es poca cosa, vamos a jugar que tu eras un soldado que venías de la guerra herido y yo era una enfermera y te curaba".

Después de relatar esa poesía yo agregaba que me había gustado mucho porque en un tiempo de guerra ¿Para que sirve una reina?, mejor era una enfermera que podía estar sirviendo.

La maestra retiró todos los escritos, dijo que los llevaría a su casa para leerlos y al día siguiente los entregaría. Al día siguiente entregó todos, pero me dijo que el mío me lo entregaría en el recreo. Cuando llegó el recreo me llamó a solas y me dijo: "Alba, toda chica cuando tiene once años quiere ser reina, princesa, pero tu dices que eso no vale, que te gustaría ser enfermera ¿Por qué dices eso?", Yo la miré y dije: "No se señorita porque lo dije, pero no quiero ser reina, ni princesa, quiero ser enfermera, quiero poder servir". Ella me miró extrañada y no dijo más nada.

A los pocos meses, comenzando el nuevo año, al haber terminado la primaria fui a rendir para entrar en la escuela secundaria. Mi padre me inscribió quince días antes y me dijo que tenía que rendir, matemáticas, lenguaje e historia Argentina. El día que me presenté a rendir había doscientos cincuenta alumnos y solo iban a tomar dos cursos de treinta y cinco cada uno. Hablé con muchos de ellos y todos habían sido preparados por profesores. Mi padre era un hombre con solo tercer grado, vivíamos en un barrio muy pobre y yo me presenté sin ninguna preparación.

Cuando al regresar a mi hogar comenté a mi padre lo ocurrido, solo me dijo: "No vayas a ver si entraste o no". Pero fui, primero leí la lista de los que no entraban y no estaba allí, de modo que fui a la otra lista y me encontré, última, pero allí estaba.

Entonces comencé a recordar, que el examen de matemáticas era seguro que lo hubiera hecho bien porque siempre mi maestra decía que yo era muy buena en eso. El examen de historia Argentina solo puse mi nombre en la hoja que me entregaron y la entregué completamente en blanco

porque ni sabía lo que preguntaban, pero en el examen de lenguaje nos pidieron una composición con libre elección del tema.

Yo le puse de título: "Frente a la vidriera de una juguetería", expliqué muchas cosas que veía pero me detuve en una calesita que veía donde había muñecos de todos colores, había negros, rubios, algunos chinos, otros indígenas, y que todos estaban allí y agregaba que hermoso sería el mundo si no hiciéramos diferencia con las personas, si todos pudiésemos amarnos y ayudarnos".

Cuando años después yo pensaba todo esto me decía a mí misma, seguramente que los profesores me aumentaron el puntaje pensando que una niña de once años que piensa de esa manera merece prepararse bien porque uno no sabe donde puede llegar.

Comencé la escuela secundaria, cumplí los doce años y entonces mi padre un día domingo me dijo: "Cuando eras pequeña tu madre decía que allí en la Iglesia estabas mejor que en la calle, porque allí te cuidaban, pero ahora eres grande y debes quedarte en tu casa como hacían tus hermanas para limpiar y trabajar".

Ese domingo fue el primero que falté a mi clase en la Escuela Dominical, pero quedé en la puerta de mi casa pensando cual era la razón por la cual deseaba ir, y descubrí dentro mío que amaba a Dios, que creía en Jesús y allí mismo oré a Dios para decirle: "Señor, yo se que mi padre es el que manda en casa y que nadie le desobedece, ni mi madre, pero si tu me ayudas con mi padre yo te seguiré todos los días de mi vida".

Y ese no solo fue el primer día que falté, sino que fue el último porque desde entonces cada domingo me levantaba temprano, limpiaba todo y luego me escapaba y cuando regresaba mi padre me retaba y me decía que era una ignorante al pensar que Dios existía, pero no pudo sacarme el amor que la Palabra de Dios había instalado en mí.

¿Cree Usted que en las misiones se debe tener en cuenta a los niños?. Yo le digo que soy producto de esa enseñanza. ¿Por qué teniendo once años podía escribir una composición diciendo que quería ser una enfermera?. Porque la Palabra de Dios llenaba mi vida, porque la vida de Jesús me invitaba a seguirle. ¿Por qué podía escribir sobre una calesita donde todos los hombres vivían juntos en amor?. Por la misma razón, porque Dios había entrado en mi vida a través de la enseñanza de su Palabra, y me había enseñado que el amor es lo que le da valor a la vida.

Cuando estuve como misionera entre los tobas y cuando estuve de misionera en el Perú dediqué mucho tiempo a los niños, preparé maestros para las clases de la Escuela Dominical y los puse al frente de una clase, pero yo me quedé con los niños de cuatro y cinco años.

Entre tantas historias preciosas recuerda algunas en el Perú. En una oportunidad una hermana vino a decirme que su hijo de cinco años había comenzado jardín y la maestra le mandó llamar para preguntarle a que otro jardín ella enviaba a su niño, ella le explicó que era la primera vez que su niño venía a un jardín y era allí. Entonces la maestra la dijo, pero yo enseñé a los niños que cada uno debe jugar con el juguete que les hago traer de su casa para evitar que se pierdan y él en cambio le presta a otros chicos y cuando le llamo la atención él me contesta: "La señorita Alba nos dice que tenemos que aprender a compartir".

Hace unos días estaba discutiendo con un niño y lo cambié de asiento y al rato estaba sentado otra vez con el niño y le dije: ¿Por qué te cambiaste de lugar si yo te separé de él? Y él me contestó "pero la señorita Alba dice que tenemos que aprender a perdonar". Y cada vez que yo le llamo la atención por alguna cosa enseguida me responde que hace lo que le enseña la señorita Alba. La hermana entonces le explicó,

la señorita Alba es nuestra misionera, yo soy evangélica y ella enseña a los niños solamente el domingo a la mañana durante una hora.

Aproveché a explicarle a la hermana diciéndole: "¿Se da cuenta Usted del valor de la Palabra de Dios?. Yo le enseñé solo una hora el domingo, ella le tiene cuatro horas todos los días, sin embargo él vive la Palabra de Dios y no lo que ella enseña. La Palabra de Dios tiene vida"

En otra oportunidad abrimos una obra nueva en la orilla del pueblo, había un niño de unos nueve años que venía todos los domingos a la Escuela Dominical, un día vino a decirme que unos parientes habían venido de lejos porque tenían un hijito de unos dos años enfermo, lo llevaron al médico muchas veces pero ese día había fallecido.

Los parientes no sabían que hacer porque estaban lejos de la Iglesia Católica que estaba en el centro de la ciudad y él entonces le dijo: "Yo voy a la Iglesia Evangélica aquí a media cuadra y la misionera está ahora allí, si Ustedes desean yo la voy a buscar", él me dijo que ellos aprobaron, así que tomé mi Biblia y fui con él orando para que Dios me de sabiduría y agradeciendo a él por este niño al que él estaba usando.

Al llegar había allí mucha gente y los padres del niño, muy jóvenes mis tristes, y comencé diciendo que Jesús dijo que el reino de los cielos era de los niños, y que este pequeño ahora estaba con Dios, pero era bueno pensar en ellos y abriendo la Palabra les prediqué un mensaje sencillo de salvación y hasta pedí manifestación de fe, orando luego por ellos y consuelo por los padres. Y desde ese día ese hogar fue un hogar abierto por un niño para seguir enseñando la Palabra de verdad.

En Proverbios 22:6 dice: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él".

Es importante enseñar la Palabra de Dios a los niños si deseamos tener jóvenes que como Timoteo puedan servir al Señor.

Instrucciones para hacer llegar los aportes necesarios para el sostenimiento de nuestros misioneros

Para enviar ofrendas

1. Depositen su ofrenda a nombre de:
Asociación Bautista Argentina - Asociación Civil

Banco Galicia, Cuenta Misiones – Cuenta N°
9750093-9 126-6

CBU 0070126230009750093967

2. Enseguida avisen el mismo a este correo:
tesoreria@bautistas.org.ar

indicando la cantidad de la ofrenda, la Iglesia o la persona que la hizo y mencionando que es para el sostenimiento de Esteban y Mariela Licatta.

3. Al mismo tiempo envíe un correo a:
alba.montesdeoca@gmail.com

avisándole el monto del depósito que han hecho, y el nombre de la Iglesia, para poder confirmarle la recepción del aporte y a la vez ponerse en contacto para informarles personalmente y mensualmente.

“...a ese niño se le ha dado el poder de gobernar...”

Reflexión Bautista